



Teología de bolsillo

## **Cuando un amigo se va...**

Juan Ignacio Vara

Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: "Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." (Mateo 28, 16-20)

...no hay cómo sacarse de encima una sensación de vacío. Es la experiencia de todos nosotros. Los compañeros de Jesús vivieron esta misma experiencia en dos momentos muy diferentes. Igual que nosotros, cuando vieron a su maestro-amigo-jefe colgado de la cruz y muerto. De una manera diferente a nosotros cuando, días después, "lo vieron ascender" y ellos adquirieron por primera vez la conciencia plena de que les tocaba hacer el relevo. Así, como suena. Antes, hacia él iban las miradas y los palos; ahora, él ya no estará, pero estaremos nosotros, sus testigos, la prolongación de su palabra y sus actos. Y la ilusión del Reino -un mundo diferente- sigue siendo la misma, siempre haciéndose, siempre sin terminar, siempre horizonte no alcanzado y, por lo mismo, atrayente...

Solo Lucas narra lo que podría llamarse el "episodio de la ascensión" y lo hace por partida doble: al final de su evangelio (Lc 24, 50-53) y en el comienzo de su segundo libro: los Hechos de los apóstoles (Hech 1, 9-12) En el evangelio las cosas suceden "cerca de Betania", donde Jesús "sacó al grupo y alzando sus manos, los bendijo". Es el gesto de quien envía a alguien a una misión importante. "Y mientras los bendecía, sucedió que se separó de ellos y fue llevado al cielo. Ellos, tras de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén con gran gozo". En el libro de Hechos Jesús "fue levantado en presencia de ellos y una nube lo ocultó a sus ojos". La nube del Sinaí, la nube del Tabor, cuando se transfiguró... Es la clave del relato: Jesús es llevado en la nube, vuelve a "su sitio" de origen; si "bajó" al humanizarse y asumir nuestra carne y nuestra historia, ahora "sube" llevando consigo nuestra carne y nuestra historia, salvadas e iluminadas.

En la liturgia católica leemos hoy el final del evangelio de Mateo (Mt 28, 16-20), texto en el que no hay ninguna "ascensión". Jesús reúne a los suyos en Galilea, porque allí comenzó todo y a Mateo le parece interesante hacer de Galilea el punto desde el que todo va a comenzar de nuevo. "Los discípulos, al verlo, lo adoraron, aunque algunos todavía dudaban". Como hoy, como siempre, porque dudar es también vivir. Jesús les dice que "vayan a hacer discípulos a todas las gentes". No a organizar una gran empresa ni a difundir una doctrina nueva. A "hacer discípulos", que es animar a las gentes a que vivan con y desde los criterios que el Maestro les había enseñado durante tres años. Eso se enseña viviéndolo. La palabra ayuda, por supuesto. Pero el examen, en esa escuela de Jesús, solo será de amor. Y todo lo que no lleve al amor, sobra en el plan de estudios.

Por estas tierras coronavirizadas, hay hermanas y hermanos que ya pueden reunirse en la eucaristía y celebrar a quien creyó en nosotros, con virus o sin ellos, para hacer universal aquello que él solo pudo intentar en su Israel. La fe no siempre quita los fríos. Ni los miedos. Ni las dudas. Esta no es una Iglesia de superpersonas, sino de gentes como tú y como yo, que de vez en cuando necesitamos preguntar para no perdernos por el camino. Por eso, según Mateo, lo último que Jesús nos dijo es que "yo estoy con nosotros, todos los días, hasta el fin de la historia". Está en ti, en mí, en la comunidad. En su amor, en tu amor, en nuestro amor. Buenos días.